

## XI.

Un domingo, aquello de las cinco de la tarde, Juanito Gutiérrez, ya bien cansado de ir y venir por el reducido espacio de la botica, aburrido de mezclar mantecas con mercurios, polvos y precipitados, puso una silla á las puertas del establecimiento, y se disponía á gozar del fresco ambiente que llegaba de la sierra próxima, cargado de aromas resinosos, que trascendían á cedro, encinas y "pinabebes", cuando de improviso llegó "El Trompo", ó sea el mozo del curato, individuo que á más de ese título se conquistó los de campanero, limpia botas y muchacho útil, activo á tal grado que le valió llegar hasta cartero. Hay que advertir que "El Trompo" alcanzó en San Antón tan soberbio mote, por su boca en forma de puya de trompo, tan desfigurada así la tenía; y por esto, por la continua movilidad que gastaba el sujeto, que no podía estar un momento quieto y formal, pues tratando cualquier asunto no faltaba pirueta que hiciera, mueca original que no sacase á relucir, ni dengue nunca visto que no hiciese reír, tenía bien confirmado; por supuesto, que las manos, los pies, la boca y hasta las orejas, tenían sarna que rascar en la persona del famoso, bien conocido y acreditado "Trompo."

Decíamos, que llegó á las puertas de la botica, esta vez en calidad de cartero, que metió mano á un tremendo saco de piel curtida que cargaba con cinta de la misma materia, y que del fondo del saco extrajo una carta amparada con timbres y sellos, y que abriendo cómicamente la trompuda boca, se puso en académica postura y dijo al boticario:

—Mi propina, jefecito.

Juanito con bastante sorpresa, y después con gusto y contento, leyó el lema estampado en la cubierta que encerraba la carta, y más nervioso que "El Trompo", penetró á la botica, abrió y cerró con estrépito la caja de madera

donde recogía las ventas y de la cual tomó una moneda que dió al cartero, diciéndole:

—Trompo, amigo, siempre que me traigas cartas como esta, cuenta con la propina; pero, oye bien, si me traes otras con el lema de "Felix y Compañía" droguería de la capital, ya te puedes componer, que tales cartas llegan solo para avisar que ya viene el inmediato cobro, que tal factura esta vencida, que... ¡el demonio!

"El Trompo riéndose y probando con una dentallada dada á la moneda, que era de plata, legítima y de buen cuño, hizo nueva pirueta, y se largó escudriñando los rinco-de aquella bolsa, mientras Juanito se metió al "consultorio" á leer la carta consabida y vió que eran dos pliegos. Se impuso primero de uno, contestación que un su amigo de la capital daba sobre importante asunto, y el otro, era precisamente una carta que hacía pocos días había sido escrita en San Antón.

¡Santo cielo! y qué piruetas, volteretas y cabriolas se se gastó Juanito al leer aquellas cartas, conste que cabriolas y volteretas eran mil veces superiores á las que gastaba el famoso Trompo. Juanito, tremolando las cartas tarareó algo de "Chin-chun-chan", canturreo un poco de "El Rey que Rabió", y más tarde llegándose al frasco que en la botica ostentaba un letrado que decía "Carmelitana", embauló una buena dosis del líquido que contenía; volviendo de nueva cuenta á emprenderla con el canto, y conste que si no dió un do de pecho archifenomenal, fué por que se lo impidiera un ligeró dolor en el epigastrio.

Rato después quedóse serio y pensativo, pestañeando á más y mejor... para de pronto salir á la puerta de la botica tremolando aún las cartas con la una mano, mientras que con la otra hacía ademanes de llamar al que pasara por allí, y como El Trompo fuese el agraciado, le dijo un poco ronco é impaciente:

—Mira, Trompo, amigo; llégate por la escuela y dile á don Catarino que se escurra por aquí, ¡Recontra! córrele, que si no vas corriendo reviento como arpa vieja.

Minutos después llegó el profesor de la escuela, y pe-



dagogo y boticario diéronse buena encerrona en el "consultorio", saliendo de allí media hora más tarde, con caras de pascua florida, haciendo piruetas y soltando risas entre cortadas, que acusaban una familiaridad é inteligencias especiales.

Casi al obscurecer, Juanito Gutiérrez salió á las puertas de la "Botica de El Señor de la Salud", llamó al Trompo que aún no abandonaba aquellos rumbos y entreteníase con otros muchachos en jugar con peladillas á la "matatena", dándole órdenes claras y muy urgentes de que buscase al caporal de El Platanar, individuo que de seguro estaría entreteniendo sus ocios en la tienda llamada "Las Quince Letras", rumbo á la salida del pueblo para el rancho aquel.

Nada tardó en volver el activo Trompo, llevando la buena noticia de que el caporal vendría en breve y de que estaba un poco charlatán y decidor, pues que al recibir el recado acababa de embaular la octava dosis de aguardiente legítimo de la sierra y de pura caña.

Efectivamente, presentóse Anselmo, un poco chispo, hablador y francote, pero muy en sus cabales para darse cuenta de lo que hacía, como que podía contar una á una, y sin turbarse, cada cuenta del rosario que llevara colgado al cuello, luciendo tremenda medalla sobre el esternón, por cierto, velludo, horroroso é imposible, y que no podía ocultar la desabotonada camisa de percal á ramos azules, con flores y figuras churriyurescas.

Anselmo, deteniéndose frente á Juanito y haciendo ridículas genuflectones á don Catarino, que permanecía serio y mustio, soltó lo que sigue:

—Patrones, ya saben que Anselmo Guevara, para servir á Uds., no se cuartea... que lo mismo sirve para destripar terrones que para cantar un "alabado"; digan en qué les puedo servir, palabra de honor, que lo haré con tal que no sea para ofender á mi Madre Santísima de la Luz ó para molestar á la hija del difunto don Pablo; por que este hombre era cabal por las cuatro esquinas, y que hace una falta por el rancho como á San Pedro una vela...

Don Catarino conteniendo la avalancha que prometía ser formidable, alzó la mano intentando tapar la boca del rancharo y dijo:

—Anselmo, Ud. traé la cabeza por el viento y anda de picos pardos con las copitas que tomó, pero creo estará capaz de darse cuenta de la importancia del asunto por el cual lo molestamos; tanto más cuanto que se trata de la tranquilidad y porvenir de Consuelillo, como llamamos cariñosamente á la huérfana de su desventurado patrón.

Oír aquello Anselmo, rascarse la cabeza, darse una bofetada sonora y muy legítima sobre el carrillo derecho, fué todo uno; procuró como pudo estar atento, como si quisiera poner un paréntesis á la embriaguez que comenzaba á torturarlo, pues el último trago empezó á producir sus efectos, y al fin, medio llorando, medio temeroso por soltar alguna prenda que no conviniese á Consuelo, exclamó:

—Mátenme, hagan Uds. chorizitos con mi pellejo y mis carnes, pero no dejen perder la oportunidad de que yo le sirva á Consuelito en todo lo que les parezca á sus mercedes.

Don Catarino hizo una seña á Juanito Gutiérrez, le guiñó el ojo, y poniendo cara hosca y sentenciosa al rancharo le habló en los siguientes términos:

—Anselmo, ya se que Ud. es el empleado más antiguo y fiel que ha nacido en El Platanar, que alzó en brazos á Consuelo cuando no podía ni aun modular el dulce nombre de papá. ¡Recanastos! que no había por el rancho flores, ni panales dulcísimos, ni pajaritos recién caídos de los nidos que no llevara á la niña... por eso, precisamente por eso, nos dirigimos á Ud..... ¡Lástima que esté chispo y no pueda cumplir al pie de la letra lo que pensábamos encomendarle! Pero, en fin, si se resuelve y nos promete no salirse del programa, todo en bien de Consuelo, le diremos alguna cosa.

Insinuó en seguida don Catarino, que Pancho Pérez, había encontrado en las antiguas *listas de rayas*, que Anselmo y otros sirvientes de El Platanar, debían y con mu-



cho atraso, fuertes sumas á don Pablo, que el albacea de la testamentaría pronto se presentaba judicialmente á exigir el pago de las deudas, que el que no pagara, así como otros infidentes moradores del rancho, tendrían que vestir la mona en otra parte, porque Pérez proponíase espulgar todo aquello, y no dejaría nada que oliese al antiguo régimen, ni nada que trascendiese al viejo Platanar.

¡Madre Santísima! y que feo se puso Anselmo al oír todas aquellas cosas. El rostro moreno se tornó en amoratado, y más cuando supo que se trataba de correrlo á él, al caporal.....; y quién era Pérez para cometer tan gordos y capitales pecados, que no le atajara el resuello, Anselmo, el más antiguo y considerado sirviente de don Pablo?... ¡Jamás!...., ¡jamás! eso de cambiar temperamento un hijo creado y nacido en aquel rancho, era así como un pez que cambiase el agua por el aire.... Ya vería el tinterillo cómo se corre á un caporal, ya se sabría que un hijo de El Platanar primero revienta que dejarse acochinar por un....!

¡Válgame Dios!, y cuántos ternos y cuaternos soltó en esta ocasión el señor Anselmo! Yo creo que apenas le cabían por la boca esa aquella.

Por supuesto, que don Catarino y el boticario, que ya de seguro esperaban el resultado, estuviéronse quietos, y cuando terminara el volcán su actividad, el primero apagó el último fuego con esta importante insinuación:

—Pero, amigo Anselmo, si hemos sabido que se ahoga en ese charco de agua, ni la mano le damos. ¡Vaya! ¡vaya!, que la cosa ni está para morirse, ni Pérez tocó el cielo con la mano.... Déjese de tonterías y vamos al grano, que más satisface á la huérfana tener amigos, que Quijotes en cada esquina.

El profesor entró en explicaciones y detalles minuciosos; habló luego de los remedios que los males de Consuelo requerían, que era preciso obrar con cordura método y parsimonia y, valiéndose de las comparaciones que gastaba Anselmo, le hizo entender que "no por mucho madrugar amanece más temprano".

Al fin, este con tanta prédica, ante la balumba de co-

sas que se le decían, convino en prestarse á todo aquello que tendiese á remediar aquellos desaguisados, procurando el arreglo de los asuntos que preocupaban á Consuelo. En seguida, pedagogo y boticario diéronle minuciosas lecciones y detalladas instrucciones, saliendo el ranchero poco después de la botica, bien instruido, mejor aleccionado y con ánimos de hacer un gran papel, papel que desempeñó con positivo interés y fidelidad, como es de verse en el capítulo que sigue.





## XII.

Se sabe que por instigaciones del socarrón del boticario y del inteligente profesor de escuelas, Anselmo salió de la botica y fué derechamente á la casa de Pancho Pérez, el cual echado en sillón cómodo y tendido sobre la pared, entreteníase á las puertas de su casa en gozar del ambiente fresco y grato que á la sazón reinaba. Llegó el ranchero poquito á poco, con la una mano sosteniendo el sombrero, mientras que con la otra registraba la cabeza á más y mejor, é interrumpiendo la meditación de Pérez, como quien comete grave y gordo pecado, dijo:

—Buenas tardes le de Dios, amo don Francisco; la salud buena?

—¡Ah! eres tú, Anselmo de mis pecados; te andas emborrachando .... ; ¡bonita gracia!.... para mañana salir con que no asistes al trabajo. Lárgate, y cuidado con que caigas esta noche en la cárcel. Adivino á lo que vienes, á lo de cada semana, que te adelante salarios en cuenta de trabajo ...., pero, la verdad es que no te doy nada porque no me gusta gastes en licores y juergas lo que hace falta á tu familia. ¡Lárgate!

—Amo, yo no vengo á todo lo que su merced dice, que ¡bendito sea Dios!, ahora traigo hasta para tirarles á los pájaros ...., sino que uno es agradecido y besa la mano que le brinda el pan .... Precisamente, por eso he venido, que no trato de pedirle nada.

Pancho Pérez pensó que todo aquello estaba dictado por el soberbio mezcal que á tufaradas salía por la boca de Anselmo, tufaradas que denunciaban á leguas que las recientes libaciones del ranchero fueron largas y de provecho, por lo que, mohino y molesto, contestó el señor Pérez:

—Bueno, hombre, bueno; mañana arreglaremos el pendiente que te traé por aquí, pero, cuídate que la policía no de cuenta contigo esta noche. Vete á dormir.

—Está bueno, amo, pero conste que si mañana vuelven esos gringos al rancho, los corro como á liebre en llano, por cuenta y orden de su merced. Buenas noches.

Pancho Pérez se quedó biceo y boquiabierto al oír en los labios de Anselmo aquello de que los gringos habían estado en el rancho.... quizá se acordó de que tenía un negocio pendiente con un Sindicato americano, de que....

Poco faltó para que Pérez cayese de la silla, y mirando de hito en hito al testarudo caporal que se alejaba, dijo:

—Gringos has dicho?... ; qué?

Anselmo, sea que había aprendido bien la lección dada en la botica, sea que tomase venganza del rábula, ya á distancia contestó:

—Está bien, amo, con la venia de su merced me monto en la tordilla para largarme al rancho, que no quiero dormir la mona en la pocilga nacional.

Y en diciendo esto apretó el paso, se caló el sombrero y tomó rumbo al cercano mesón, pero no había caminado ni veinte pasos cuando la imperiosa voz de Pancho Pérez los detuviera, por lo que desandado el camino, volvió á la puerta de la casa del rábula, metió mano por la hirsuta melena y jugando con el sombrero, preguntó:

—Amo, Ud. mande.

—Me quieres decir, pedazo de alcornoque, qué gringos traes en la cabeza y que dineros te gastas?

—Mire, patrón, los señores que fueron ayer al rancho, son colorados como unas tunas, hablan como mi perro el "Vaquero" cuando se enoja ó cuando ventea una res.... ¡Si viera que cuerpazos traen esos amigos...., como que están frondosos, iguales á mi vieja cuando nos casamos..... pero, eso sí, unas patas como de aquí á la gallina que es carba allí enfrente.

El ranchero Anselmo hablaba en voz muy alta, todos los vecinos se enteraban de la conversación, por lo que Pancho Pérez, dando muestras de agilidadde mejores tiempos, se levantó del asiento y tapando con su mano la boca de Anselmo, exclamó:

—Pero, hombre de Dios, que siempre crees estar en



los corrales de El Platanar . . . baja la voz, que cualquiera diría estás ebrio y que mereces dormir en la *chirona*. Ven por aquí, que ya me contarás con detalle todo eso que dices de los gringos . . . Ven, Anselmo, entra, para qué dejas el sombrero á la puerta? Vaya, hombre, que esta es tu casa, ¡no faltaba más!; como que eres el sirviente más antiguo y respetado en El Platanar. Deja el sombrero por allí, entra y hablaremos.

Al mismo tiempo que Pérez decía estas palabras, empujaba al rancho hacia el interior de la casa, hasta ponerlo dentro de la salita consabida, é instalados en ella, Pérez entornó todas las maderas, no solo por buscar el sigilio, sino porque sin tal precaución, no podrían entenderse, dados los agudísimos chirridos que en la pieza inmediata daba un fonógrafo destemplado y cuyos discos caminaban sobre el platillo á razón de doscientos metros por minuto.

“A la Habana me voy de esta tierra feliz, adorada mujer . . . . .”

Y no se oyó más, pues la puerta quedó bien cerrada.

Pero antes sucedió lo que sigue:

Anselmo entró al parecer cohibido, sin ganas de hablar y dando vueltas entre las manos á su sombrero de palma, y como Pancho Pérez se adelantara para encender luz en la sala y viese el rancho á Consuelo vestida de negro y sentada inmediata á la puerta, todo fué uno, verla y arrodillarse á sus pies, sintiendo el pobre hombre un nudo en la garganta que le estorbó toda palabra; tomó la mano de la niña, imprimió en ella callado beso, y antes de que el tutor se enterase de la escena, el rancho se levantó metiéndose por la sala en momentos que el fonógrafo se callaba en la forma que se ha dicho.

—Anselmo, dijo el rábula, tu andas chispo y traes en la cabeza un escuadrón de gringos y vestiglos con pies descomunales. Te hice entrar para que nadie se entere de tus borracheras, que semana por semana, te cuestan dos ó tres días de trabajo, pues el Jefe, ya lo sabes, es enemigo

de desórdenes y tiene dada la consigna de que si su madre se achispa, la pongan en la cárcel. Ya ves, no he querido pagues la multa ordinaria . . . .

—Patrón, qué multa, ni que niña tuerta, interrumpió el rancho, si aquí traigo para pagar dos docenas de multas, como que los gringos me dieron para eso y más . . . ; eso sí, en papel sucio, pues harta mugre traen los papeluchos, pero no le hace, que el dueño de “Las Quince Letras”, me cambió el *billetaje* por cien del águila, y vaya, que me rebajó no se cuanto por ciento, ¡palabra!

Pérez acercó la silla para oír mejor al caporal, y como buzo que se mete á la mar, indagó:

—Bien, Anselmo, me has hablado de gringos, pero no me has dicho de dónde vienen ni quién les diera permiso de meterse por El Platanar, ni qué fueron á ver . . . .

—Amo, yo no tengo pelos en la lengua para decirle todo lo que se, como si me estuviera confesando: ayer, como á las once de la mañana, cuando mi vieja me mandaba las *gordas*, llegaron al “Puerto de la Guacamaya” seis gringos, como los que estuvieron aquí el año pasado y que decían iban á poner la luz *eléctrica*, ¿se acuerda? . . . . Me hicieron preguntas sobre que si el potrero de los Guajolotes se regaba por la toma de San Antonio, que si el Ojo de Agua del Fresno alcanzaba á regar el potrero de las Ardillas, que si el trigo se daba *chaparro*, que si el maíz *giloteaba* en cuarenta días, que si el manantial de La Huilota lloraba siempre, que si la huérfana estaba á gusto y contenta con su *mercé*, que si las yeguas . . . . , que si las cabras . . . . , que si ¡el demonio! ¡Vaya que eran preguntones los sinvergüenzas . . . . , pero pierda cuidado, que si vuelven les pongo una *mangana*, y hasta luego. Yo no les podía entender muy bien, porque hablaban una lengua de los diablos, y por más orejas que puse solo alcancé á entender que *yescas*, que *ol rais*, que . . . ¡el diablo!

Cuando Anselmo llegó á este período de su narración, el fonógrafo consabido, allá á lo lejos daba revoluciones iguales á mil vueltas por minuto. Pancho Pérez estaba perplejo, nada decía, meditaba más y más, por lo que el



ranchero se permitió seguir:

—¡Caramba! el más grandote de los gringos, sacó de una bolsa de cuero que traía escondida entre chaleco y costillas, el papelucho sucio de que le hablé, encargándome que no le dijese nada á su *mercé*. . . . Pero, como uno es agradecido, me vine á contárselo todo, para que vea que el caporal es un hombre que no se muerde el codo.

Anselmo, como si se le acabase la cuerda, calló esperando que su nuevo amo dijese alguna cosa, pero viendo que este había colgado la cabeza y no daba trazas de terminar la entrevista, añadió:

—Amo, ya me dirá lo que deba hacer si los gringos vuelven. Por lo pronto me voy, que mi tordilla aún no cena, y primero me rajan que el animalito esté muerto de hambre. Hasta mañana.

Pancho Pérez, por toda respuesta, y como saliendo de un profundo sueño, contestó:

—Mira, Anselmo, eres buena gente, y me acabas de dar una prueba de honradez é integridad. Hasta hoy ganaste dos reales diarios, pero desde mañana se te apuntarán en la lista de *rayas* tres, que bien los mereces; además, dile al *jacalero* que por orden mía te den cada sábado una cuartilla más de maíz. Póname al tanto de todo lo que pase en el rancho, y sobre todo, es conveniente recapacites y me digas, cuáles lugares frecuentaba con ahinco y estimación el difunto don Pablo. Vete y no te embriagues, que mucho he de menester de tus servicios. Si llegan por allí los gringos, manda un peón que me avise de su llegada. Buenas noches.

Anselmo, se despidió, y andando para atrás, con sus piernas en forma de paréntesis, salió de aquel lugar, dejando á Pérez sumido en una meditación bien profunda, y como al salir viera á Consuelo en el mismo sitio que cuando entró, volvió á besarle la mano y decirle quedo, pero muy quedo, al oído:

—Niña, por el amor de Dios, salga de esta cueva cuanto antes, que ese coyote de Pérez se la tragará.

Salió el caporal de aquella casa, encaminose á la hoti-

ca, refirió á Juanito Gutiérrez y al profesor don Catarino Reyes lo que acababa de acontecer, é impuestos del relato de Anselmo, el boticario se desmayaba de risa, mientras el profesor meditaba. En seguida Anselmo dió trazas de marcharse para El Platanar, pero antes Juanito Gutiérrez recurrió nuevamente al frasco que decía "Carmelitana" é invitó al ranchero para que se apechugase una buena dosis de aquel menjurge compuesto de alcohol y alguna esencia olorosa.

Cuando quedaron solos profesor y boticario, el primero bastante pensativo y con curiosidad, dijo:

—Algo traé Pérez que pregunta con interés por los lugares que más frecuentaba don Pablo. . . . ¿que traerá este majadero?

Luego cambiando de ideas, añadió:

—Juanito, hermano, creo que necesitamos otro colaborador, pues la farsa puede traer buenos resultados para la huerfanita. . . . Pero, no podemos comunicarnos con ella y sería muy conveniente supiese lo que pasa. Lástima grande es que el curita nos vea con malos ojos, sin embargo, pensaremos esto. Hasta mañana.





## XIII.

El secretario del Juzgado de Letras de San Antón, dió cuenta cierto día al señor Juez, con un escrito que presentara el tinterillo Pérez, cuyo escrito decía lo que sigue:

"Señor Juez Letrado. Francisco Pérez, tutor testamentario de la menor Consuelo Torres, respetuosamente comparezco y digo: que con arreglo á los artículos 1895, espíritu del 2004 del código de procedimientos civiles, en consonancia con el 209 y relativos del civil, vengo á pedir licencia judicial para vender los bienes raíces de la menor y que constan en los inventarios del juicio sucesorio á bienes de Pablo Torres. La necesidad de la venta la hago consistir en que yo no puedo explotar debidamente la finca de campo, ni tengo personas de quienes valerme para ello, y además, la sucesión carece de numerario para atender los cultivos, siembras etc., etc. Por otra parte, hay en la actualidad un comprador que se interesa por el rancho, que ofrece pagar el doble del valor que los peritos fijaron á la finca de El Platanar, según aquellos inventarios y avalúos que constan en el expediente de referencia, pues en vez de ocho mil pesos, se ofrece pagar la suma de dieciseis mil, lo cual beneficia á mi pupila, pues impuesto ese capital sobre otras fincas, dará intereses superiores á las cortas utilidades que hoy se obtienen. A Ud. pido que, previos los trámites del caso, me conceda la autorización que solicito &, &."

Las constancias que existen en el archivo del Juzgado aquel, no dejan lugar á dudas de ninguna especie, por que el expediente que se formó sobre tal negocio, acusa que el Juez de los autos, fué muy activo en tramitar las diligencias, que entre ellas existen declaraciones prestadas por el Jefe Político, por su secretario y alguna otra persona, y que se refieren á la utilidad y necesidad de la venta de El Platanar; que el Agente del Ministerio Público, ó

sea el Síndico del muy Honorable Ayuntamiento, en escrito especial dió su parecer para que don Francisco Pérez vendiese el *ranchito*, pues que la menor recibía un beneficio inesperado, todo ello debido á los limpios manejos de su señor tutor, en fin, en las últimas hojas ó más bien, fojas, como se estila en la gerigonza curialesca, se puede leer el auto definitivo que el señor Juez tuvo á bien dictar sobre aquel asunto, resolución que importa se conozca al pie de la letra:

"San Antón... Por cuanto á que el tutor de la menor Consuelo Torres, ha justificado plenamente la necesidad y utilidad de la venta de los bienes raíces de su pupila, con fundamento en los artículos... del código de procedimientos civiles, en consonancia con los... del civil y sus correlativos, se faculta al señor D. Francisco Pérez para que proceda á la venta de que se trata. Así lo proveyó y firmó el ciudadano Juez de Letras del Partido, que actúa con el secretario de ley. Doy fe...."

El mismo día en que se dictara tan descabellada cuanto lacónica resolución, el correo que por la mañana saliera de San Antón, llevó para la capital la carta que en seguida se copia:

"Señores Gutiérrez y Compañía:

Muy señores míos y distinguidos amigos:

Respondo á las nuevas cartas de Uds. de últimas fechas, para manifestarles que ya tengo en mi poder la licencia judicial que me autoriza á consumir el contrato que tenemos proyectado. Tan solo me permito manifestar á Uds. que con el fin de que los gastos de escritura, impuestos de la Federación y del Estado, no sean gravosos tanto para Uds. como para Consuelo, será preciso que la venta se haga figurar por una suma menor de la estipulada.

En espera de sus gratas órdenes y de que nos véamos pronto en esta como me lo ofrecen, se despide su afmo. atto. S. S. é incondicional amigo,

Francisco Pérez.

El mismo día en que pasaron estos sucesos, cundió por todo San Antón la noticia de que se vendía y á vil



precio aquella rica finca de campo; se decía que Pérez podía considerarse como un Creso y Consuelo en la miseria; que todo era escandaloso é inaudito. Muy á lo callandico, se aseguraba que el Jefe Político, el Juez, los secretarios y otras gentes de pluma, iban interesados en el negocio; que Pérez había perdonado al primero alguna deuda, que el caballo *canelo* que montara el Juez tenía el *fierro* de El Platanar; que el secretario, que olía á tabaco, había comprado un traje de casimir, legítimo de Francia, que el Síndico del Honorable Ayuntamiento, lucía cadena de oro para el reló. . . . ¡Vaya que había sus habladurías en San Antón!

Lo cierto es que el padre González por la tarde, acababa de abandonar con mucho fastidio el confesionario y se disponía á dar un paseito por el arroyo vecino, cuando El Trompo se presentó rogándole le permitiese no sonar aquella noche las nueve personalmente, pues que estaba convidado para asistir al baile de bodas de un su amigo, y El Trompo no era capaz de proporcionar desagrado á su invitante, por más que para él, El Trompo, un baile significaba tanto como un baño á mitad de diciembre.

El padre cura, sonrió al oír las excusas y razones de El Trompo, y con ánimos de hacerlo rabiarse, le dijo sin darse por entendido de la licencia que se le pedía:

—Cuéntame lo que pasa por San Antón, que ya sabes estoy metido en la ratonera del curato y no se ni á cuantos caé Ceniza. . . .

El Trompo, por salir del paso, entre mal humorado, nervioso y descompuesto, pues temía una negativa, soltó lo que acababa de oír en la botica, esto es, que Pancho Pérez vendía con autorización judicial á unos gringos, El Platanar, que el precio de la venta era ridículo, que el Juez andaba metido en el ajo, que el Jefe Político no estaba muy limpio, que los secretarios traían camisas de *calicot* de á dos pesos el metro, que el Síndico traía oro y pedrerías hasta en los sobacos, y que. . . . .

El padre González detuvo el paso, y ante aquella descarga de disparates preguntó:

—Pero estás en tus cabales ó quieres hacerme comulgar con ruedas de molino?

El Trompo hizo una pirueta, puso ambas manos bien estiradas y tocándose pulgar con índice, y llevando un extremo de aquella figura á la boca, contestó:

—Que Luzbel cargue conmigo si no es cierto lo que digo á su merced. Escúrrase por la botica, por la sastrería de Cleto, por la tienda de Las Quince Letras, por los baños de La Pasadita, y verá que todo el mundo no traé entre quijada y gonzate otra cosa de que hablar.

El padre González, que sin duda ya traía barruntos de tal negocio, decidió prescindir del proyectado paseo, pues dejando capa y sombrero sobre la inmedita silla, puso la vista en el techo, quedó mucho tiempo inmóvil y sin dar señales de vida, para de pronto decir al Trompo que ya se enfadaba de aquella actitud:

—Véte al baile, pero, si mañana llegas trascendiendo á tequila te disloco las orejas. Dile á tu primo Zacarías que venga á sonar las horas por tí. Dios te bendiga.

Salió El Trompo como saeta disparada por mano maestra, y el eclesiástico entró en nueva meditación de la que volvió mucho rato después, al oír que se le invitaba á cenar; pero al levantarse del asiento donde se acomodara, dijo con voz apenas perceptible, y como para su coletito:

—No, no puede ser; es preciso tomar cartas en este asunto.





## XIV.

En las cumbres de las montañas vecinas empezábanse á ver las primeras nieves, precursoras del próximo invierno; las miosotas y tempranillas amanecían en los tiestos, chamuscadas por el hielo, y en las cañadas reinaba un frío tremendo, penetrante, que impedía salir á la intemperie. El cielo estaba hermoso y las estrellas brillaban de una manera singular con titilaciones nunca vistas; Sirio, tenía cambiantes imposibles, mientras que Vénus, estrella entónces de la mañana, parecía un enorme diamante vagando por el infinito, ¡qué guapo y arrogante se presentaba el Gran Orión, con sus estrellas simulando cabeza, brazos, cinto y espada! ¡Pero, quién hacía caso de tales maravillas cuando se dormía por todos aquellos lugares al calor de las casonas y chozas bien abrigadas! ¡Quién se fijaba en todas aquellas bellezas del cielo, cuando faltaba por aquellos lugares un heraldo que las pregonase, el telescopio de la cultura por donde todos pudieran ver la inmensidad de lo infinito!

Lo positivo es que aquella mañana, cuando el frío arreciaba, y las estrellas parecían aún más brillantes, Anselmo, el sufrido caporal de El Platanar se levantó y salió fuera del *jacal* donde se abrigara, y con tardíos movimientos se puso á poner la montura sobre los lomos de la tordilla, al mismo tiempo que otros madrugadores se disponían á uncir los bueyes y aprestarse al trabajo del día, para conseguir la peseta, resumen de los diarios sudores, trabajos y vejaciones de mayordomos y capataces.

Aquella mañana, cuando el frío era bastante crudo, más sutil y endiablado, Anselmo se levantó como ya se dijo, con humor de perros, mascullando ásperas y sonoras palabras que trascendían á verbos difíciles de copiar, con la agravante circunstancia de que tal día era lunes y el estómago del caporal sufría angustias y novedades inauditas.

Anselmo poco ó nada se preocupó de que la tordilla llevase bien puestos y en su lugar los chismes de la silla, de que los arneses no lastimasen los lomos de la bestia, pues su preocupación inmediata fué salir cuanto antes y ponerse á horcajadas sobre el animal, para luego clavarle espuelas recias sobre los hijares -si espuelas pueden llamarse dos hierros informes que á guisa de espolones gastaba el caporal- y en seguida azotar las ancas del animal á más y mejor, con una cuerda dura y bien trenzada de piel de vaca.

El caporal se puso en marcha, la tordilla maquinalmente tomó rumbo al Ojo de Agua de El Fresno, y á la indecisa luz de la mañana, yegua y jinete, al trotar la una y alzarse el otro sobre la montura, parecían un solo individuo, pues el ranchero sin perder su postura y equilibrio, sin perder movimiento y sin dar señales de vida, pero siempre envuelto en la manta, seguía exactamente los movimientos que le imprimiera la cabalgadura, como si fuese un manequí duro, sin articulaciones y clavado sobre la bestia.

Anselmo poco rato después iba profundamente dormido, y creo que á tal hora gozaba á su modo, de las mismas confianzas y comodidades que disfrutara el autócrata ruso sobre mullido lecho de plumas de colibrí, en cama de oro y pedrerías.

El ranchero soñaba.... El trote del animal parecía una hamaca suave y deliciosa, en cuyas redes quedaban prendidos los trabajos y cansancios: el tardío tropezar de la tordilla, haciale gozar de un vaivén privilegiado, que á veces se detenía para tomar después vuelos inauditos y produciendo dulcísima emoción. El caporal seguía insensiblemente caminando al compás de su yegua, á la cual olvidaba clavar en los hijares aquellos espolones y flagelarla con fusta tan singular.

Mientras tanto, el sol, allá en el oriente anunció débilmente su llegada; los cerros lejanos empezaron á tomar tintes azules y contornos ligeramente delineados.... Los sembradíos inmediatos se coloraron de un verde pálido, y



sobre los árboles las *urracas*, tordos y gorriones, posados en los últimos brotes, desperezándose, empezaban á entonar con estrofas sentidísimas, un himno soberbio, magistral y digno de ser oído por todo viviente.

Cuando la luz matinal fué más clara y limpia, vióse á lo lejos y en segundo término el caserío de El Platanar, adormecido y sin vida pero circundado de arboledas informes...; después el caserío de San Antón, con su enhiesta y blanca torre, y como última pincelada del cuadro aquel, la gran cordillera azulada, destacándose sobre un fondo ténue, esfumado y limpio. Por el rumbo contrario, la luz era clara y brillante, los cerros con toques nunca soñados, aparecían teñidos de rojo vivo, y el fondo simulaba un inmenso telón con explosiones de tintas especiales, jamás copiadas, pero llenas de tonalidades magníficas, exquisitas.

A esa hora el frío era aún más intenso; la tordilla trepaba entonces la cuesta con paso tardío, y de sus narices apompasadamente veíanse salir pequeños y sutiles chorros de vapor que luego se desvanecían. Anselmo, indiferente ante tan supremo cuadro, seguía envuelto en su manta de lana á rayas rojas y negras, llevando el sombrero de palma y anchas alas calado hasta los ojos y alzándose el hombre acompasadamente, según el trote de la caballería; y solo comprendíase que de vez en cuando despertara, por los tardíos y flojos movimientos que hiciera, pretendiendo espolear al animal.

Por fin, soberano y magnífico, tras el "Cerro de la Guacamaya", apareció el sol, vivificando cuanto tocara, colorando y dando sombras al paisaje; despertando á los mil seres que de cada rincón aparecían: entonces el himno aquel, entonado por los alados, coreado por los insectos entre las gramas y seguido por mil y mil gargantas, fué más y más vigoroso, más enérgico y nunca oído, ni descrito, ni sentido. El lejano y quejumbroso río, allá en la planicie, se adivinaba por la vaporosa y ténue nube que vagaba sobre su torcido cauce, nube que simulaba enorme serpiente de blanca gasa y caprichosas formas. Las tintas escarlata, de esmeralda y amarillas, fueron recias, cla-

ras y de magistrales toques, los contornos veíanse precisos y los contrastes hermosos y singulares. De cerca, los helechos y retamas presentaban entre las pequeñas hojas, diamantes de rocío con cambiantes irizados; los limoneros se esmaltaban y entre los boscajes los jigueros desgrababan canciones delicadas, y las palmas y juncales en forma de oriflamas al mecerse cambiaban de figura entre las sedañas frondas.

En esos momentos, como si la tordilla hubiese recibido órdenes anticipadas, detuvo el trote, arqueó el cuello, quedóse quieta y esperando las nuevas que su amo tuviese á bien dictar. Anselmo dió un profundo suspiro, de aquellos que satisfacen y alivian; soltó un terno espantoso, y dándose cuenta del lugar donde el animal se detuviera, apeóse, asegurando en el grupa el mantón que ya no necesitara, y sin cuidar de que la tordilla quedase sujeta, como si estuviese seguro de su fidelidad, fuese á recostar sobre el tronco tendido é inmediato, presentando medio cuerpo al sol que ya empezaba á calentar. El caporal sentíase bien molesto del estómago, quizá por las libaciones del día anterior, y nada le preocupaba ni distraía el espectáculo aquel que entonces se desarrollaba, y antojábase suponer que Anselmo ante aquella indiferencia y quietud sobre el tronco aquel, parecía un asqueroso y descomunal gusano asido á un madero que se apolilla.

La tordilla viendo que su amo disponíase de nuevo á dormir, paso á paso llegóse á los lindes del camino, y con trabajosa manera, pues el freno se lo impedía, procuraba enguñir los pastos sabrosos que abundaban por allí, saboreando los últimos retoños que respetara el invierno. De pronto la tordilla sintió que la sujetaban, que no podía seguir gozando de aquellas libertades, era que las bridas habíanse enredado en el brazo del limonero inmediato, por lo que permaneció quieta y sin pretender desligarse de aquella sujeción. Todo quedó en relativo silencio, silencio acentuado por los cantos lejanos de las aves que ya empezaban á callar, por el repentino correr de las lagartijas sobre la hojarasca ó por el inesperado zumbir de los



colibríes entre los arbustos cercanos.

Por la vereda inmediata y media hora después, apareció la señora Dolores, la sirviente de Consuelo, sobre un asno flojo que apenas se movía á pesar de los tremendos zurrigazos que recibiera por el cuello, la barriga, las ancas y hasta por las orejas. Dolores iba sola, entumecida y envuelta en su rebocíño, también llevaba como Anselmo, sombrero de palma de anchísimas alas, y cuando el jumento se detuvo junto al tronco donde dormía el caporal, Dolores se apeó, y como quedase prendida la punta de las enaguas sobre el lomo de la montura, dióse buena prisa en enmendar aquello, despertando luego á su compadre del trigésimo sueño que llevara. La caballería, como la otra, al verse libre fue á dar los mismos pasos que la tordilla, mientras la señora Dolores, con pena y como si fuese á cometer un grave pecado, tocó las costillas de Anselmo, despertándole en esta forma:

—Compadre... compadre, ya estoy aquí... ¡Madre mía Santísima de la Luz! parece que su merced no ha pegado los ojos en toda la noche, que por la mañana se ocupa en dormir... ¡Uf! que feo olor da, compadre...; Ud. anoche la paso en la tienda de Las Quince Letras...; Ud. no me la pega...

Anselmo mal humorado, desperezándose y estirando los brazos hacía el cielo, entre bostezo y bostezo, con mucha pereza contestó:

—Mal rayo me parta y me deje como picadillo sin manteca, comadre, solo Ud. y la niña Consuelo pudieron hacerme venir tan de madrugada por estos contornos... Anoche, cuando recibí "la razón" estaba yo un poco chispo, y avinagrado... ¡Palabra!... pero me puse á considerar que si no venía podía yo quejarme después de males mayores. Aquí me tiene y disponga, pero procure bajemos pronto al plan, que mi vieja me espera con unas *calientitas* y un tente en pie que necesito como San Pedro una vela...

La señora Dolores, sin contestar directamente, dijo:

—Compadrito, Ud. tiene la culpa de que cada sema-

na ande mal y descuajaringado, que los bríos se acaban con tanto engullir alcohol... Déjese de sus holgorios, fiestas, parrandas y jaranas... que sin esto todo irá bien. No se porqué se me figura que el día menos pensado, Ud. se compromete, que sin ton ni son hace una barbaridad, pues le conozco, el tequila le enloquese y es capaz de una.....

—Cálmese comadre, cálmese, que yo no ofendo á Dios ni á nadie por cuatro tragos que me pongo entre pecho y espalda... Pero, dígame, alma de Dios, qué vientos la traen por estos puntos... Anoche cuando me dijeron que Ud. venía y nos topábamos en este barrio, me dije que Ud. estaba loca, ó no sabía lo que es el frío y en estas alturas. ¡Palabra! como que yo apenas pude montar sobre la tordilla hoy en la madrugada, y créame que cuando me bajé del animal, tenía las piernas entumecidas, como garrotes; pero al fin, aquí me tiene y diga en que puedo servirla...

—Mire, compadre, no fué por gusto, la causa que tan de madrugada lo llamase, contestó Dolores, sino la obligación de cumplir con una manda: figúrese que al morir el amo don Pablo, su hija se obligó á que ella personalmente ó yo, si la otra no podía venir, en este día llegaríamos á este punto escarpado y difícil de tocar, que aquí rezaríamos algunas oraciones y que...

—¡Recontra! comadre, que si me avisa, con solo indicarle el lugar ó con mandarles á Porfirio mi hijo, tenían, y no me hubiera dado una enfriada como la de ahora.

—¡Ah! se queja, compadre...

—Lola, no es que me queje, sino que tan de madrugada y con tanto frío siempre al más *correoso* le duele...; pero, en fin, ayudaré, y benditas sean las ánimas del purgatorio... ¿en qué más puedo servirla?

—Tenga calma, compadre, que todo es para bien del alma del difunto nuestro patrón. Por lo pronto hay que buscar el sitio donde mataron en la revolución al hermano del amo don Pablo, pues tengc que rezar allí unas salves y tres credos, y luego ya le preguntaré otra cosa.

—Si no es más que eso, sígame, que no está lejos el

BIBLIOTECA  
"ALFONSO REYES"

1916. 1625 MONTREY, MEXICO



punto. Tomaremos por esta vereda y pronto rezará lo que convenga.

Ambos siguieron por entre ásperos arbustos, y no por que se viese la vereda de que hablaba Anselmo, sino por que este la adivinaba, pues notábase apénas un ligero indicio de camino, que las retamas, y yervas silvestres ocultaban y obstruían en todo el trayecto. Al fin, á poco andar detúvose el caporal, y llegando á un promontorio de tierra y piedras, coronado por una cruz informe y de madera ya podrida, dijo:

—Aquí tiene el lugar donde los *pronunciados* en la guerra pasada mataron al hermano del amo don Pablo; ve aquella piedra grande? pues fué el sitio predilecto que este ocupaba cuando venía á visitar la tumba de su hermano, pues dicen que aquí mismo quedó enterrado. Pobre del amo, no había semana que no llegase por aquí...; recuerdo que cuando quería estar solo, me decía: "mira Anselmo, baja para el rancho y cuida que las bestias tengan alfalfa en los pesebres", con esto ya sabía yo que el mandato era: "lárgate con la música á otra parte". Una vez lo ví, allí donde está aquella yerba larga, hincado, como si estuviese escarbando, pero era que rezaba fervorosamente por el alma del fusilado... ¡Pobre del amo!, parecía que deseaba desenterrar los huesos de su hermano, porque mucho rato después, salió colorado sudoroso y de mal humor.

Dolores, quizá sin fijarse en la charla de su compadre, se aproximó al montículo de tierra y piedra y rezó algo en voz baja, y distraidamente fué á sentarse al lugar que Anselmo designara como predilecto de don Pablo. Allí quedó sola un buen rato, porque Anselmo fué á poner listas las bestias para emprender el regreso. Cuando la mujer quedó sin testigos llegóse al paredón inmediato y cubierto de musgo, vió una imperceptible cruz hecha sobre el mismo musgo, y dando un suspiro de satisfacción fuése á donde el compadre expeditaba el retorno.

Emprendieron el descenso, el caporal azotando al borríco á más y mejor, y la otra, envuelta en su abrigo, dejábase conducir como el compadre quisiera; al fin, llegaron

al Platanar, almorzó por allí la comadre Dolores, y rato después llevando un lio de ropa sobre la cabeza, entraba en San Antón, simulando que llegaba del río con la ropa limpia y bien lavada.

Cuando Dolores entró en casa de Pancho Pérez, encontróse con la huérfana, que ya impacienté la esperaba, y dejando el lio de ropa, en voz baja dijo á su ama;

—Todo está lo mismo, tu herencia está intacta y nadie la tocará.

En esos momentos Pancho Pérez salía de la pieza inmediata, y oyó lo que Dolores decía, y como viese que la ropa ni fué lavada, ni era preciso tanto tiempo para que la sirvienta hiciese aquella limpieza, con bastante sorna y con dejos de coraje apuntó:

—Dolores, Ud. sale para ir al río á lavar ropa, esta vuelve á casa tan seca y sucia, como antes de llevarla, y sobre todo, creo que para lavar ropa no se necesita cabalgar ninguna bestia, lo digo por que trae Ud. la ropa llena de pelos de burro, mírese, y en la frente un cerco que denota se caló sombrero de palma.

Ambas mujeres se dieron una mirada que denotaba algo así como espanto ó temor, Pérez volvió á meterse por donde salió, y al siguiente día supo que Dolores, con un hombre, muy parecido al caporal, se la vió bajar por la cuesta, camino del Ojo de Agua del Fresno. Pérez procuró indagar si había sido Anselmo el acompañante de Dolores, pero no lo pudo averiguar, y quedó entendido que probablemente el caporal no había sido, porque Anselmo, según vagos recuerdos, casi á la misma hora en que aseguraron pasara aquello, encontrábase hablando precisamente con él, con Pancho Pérez... Este, taciturno y caviloso no cesaba de preguntarse, ¿qué diablos pasará en todo esto?